



¡VIRGEN MADRE, CONFIANZA MÍA!

Cada 1 de enero, el santoral católico rinde tributo a la Virgen María con la primera fiesta mariana del año: **la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios**, que hace alusión al dogma de la maternidad divina de María.

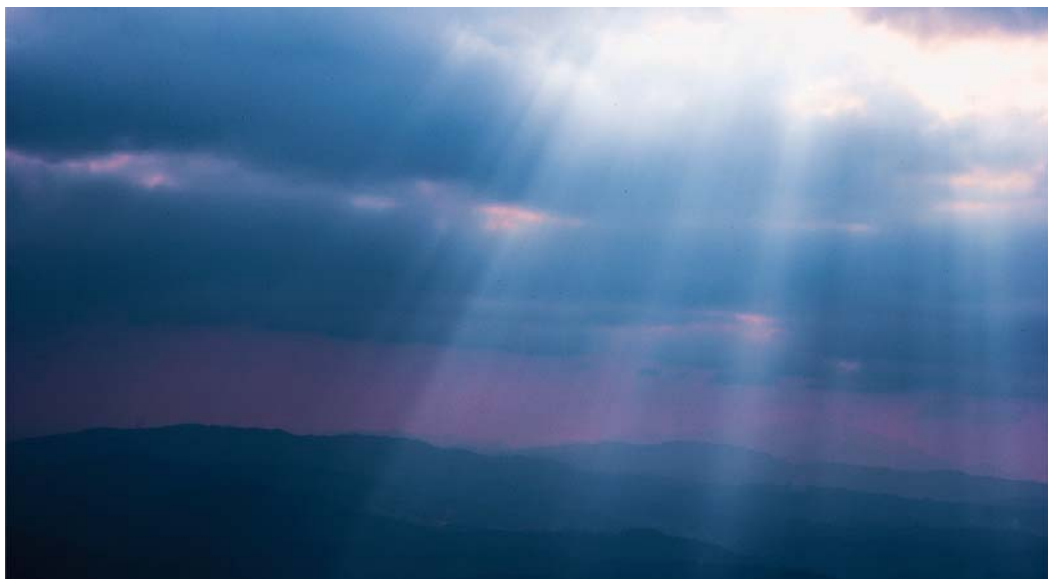
En estos momentos difíciles por los que pasa el planeta entero, recordemos que **María es Madre** y como tal nunca mirará para otro lado, nunca dejará que nosotros, sus hijos, nos sintamos olvidados por Ella. Más que nunca debemos tener en cuenta su consuelo, mediación y eterno amor.

Una de las más bellas devociones marianas que existe es el rezo del Santo Rosario. Lo maravilloso del Rosario no es la repetición de las avemarías, sino la experiencia de la **unidad** que se conforma en el mundo entero

para alabar y bendecir a Dios. Es una rica costumbre de la piedad popular donde la Santísima Virgen se hace universal.

Se ha estudiado mucho sobre los beneficios del Santo Rosario. Se dice que nos eleva al conocimiento perfecto de Jesucristo y que purifica nuestras almas del pecado. Además, nos hace victoriosos sobre todos nuestros enemigos y nos facilita la práctica de las virtudes. Nos enriquece con gracias y méritos y nos proporciona los medios para pagar todas nuestras deudas a Dios y a los hombres.

Reconocer a María como **Virgen Mediadora** es una consoladora y entrañable verdad que aparece ya desde la primitiva cristiandad. *La Virgen desde el cielo en su calidad de Madre espiritual de todos los hombres, más que la mejor de las*



madres, conoce todas las necesidades materiales y espirituales de sus hijos y, en especial, de todo lo que se relaciona con su salvación eterna. Por su inmensa caridad ruega por nosotros y, como es todopoderosa ante el corazón de su Hijo por el mutuo amor que les une, nos obtiene todas las gracias que recibimos.

Analicemos solo tres de las maravillosas **jaculatorias** que le decimos a María durante la letanía del Santo Rosario y que meditadas con calma nos pueden dar mucho sosiego:

MARÍA, CONSOLADORA DE LOS AFLIGIDOS

María es el consuelo de los afligidos, de todos los que en algún momento sufrimos, estamos cansados, hundidos en nuestras desesperanzas, agobiados por los problemas, de los que pasamos por situaciones difíciles a nivel personal, familiar, profesional o social. María acompaña siempre a todos los que en algún momento se nos hace difícil ver la voluntad de Dios en nuestra vida.

Ella sabe de aflicciones y sufrimientos porque Ella los vivió en primera persona: la huida a Egipto, los momentos difíciles en la vida pública de Jesús, su presencia viva en la Pasión de Cristo. Pero en ella se cumple también a la perfección aquella bienaventuranza que exclama: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*

MARÍA, SALUD DE LOS ENFERMOS

Si en todo momento de la vida necesitamos la ayuda de Dios y del socorro y protección de María, esta necesidad se hace más sensible y urgente en la enfermedad.

Pidamos a nuestra amada Madre su auxilio para nosotros y para nuestros familiares y Ella benignamente nos escuchará y nos ayudará.

Una madre vela a su hijo enfermo de día y de noche sin mostrar cansancio; estudia todas las formas de procurarle alivio, ruega y se sacrifica para curar a su hijo. ¿Qué la mueve?: Su amor, el amor que Dios puso en el corazón de las madres, y que es un pálido reflejo del amor maternal de María, amor vigilante y solícito cuando sus hijos están afligidos por la enfermedad.

Ella ilumina a los médicos. Infunde fortaleza y confianza al enfermo, aumenta la paciencia y el afecto en aquel que lo asiste, alcanza eficacias a las medicinas, Ella hace sentir al enfermo la función providencial y benéfica del dolor que lo hace más semejante a su Divino Hijo crucificado.

Si el enfermo está en pecado, Ella intercede recordando a su Amado Hijo aquellas palabras. *No quiero la muerte del pecador sino que se convierta y viva.* ¡Cuántos cristianos

le deben a Ella su curación y el consiguiente arrepentimiento!

ESTRELLA DE LA MAÑANA

La estrella de la mañana anuncia el fin de la noche y la luz de la aurora, el principio del día: de la misma manera, la Virgen María anunció, al nacer el fin de la noche y de las tinieblas en la que los hombres de tantos siglos yacían sepultados.

Ella es la bellísima aurora que anuncia un día todavía más hermoso en que el Sol divino: Jesucristo, ha de iluminar al mundo. Ella fue, como astro menor, fiel seguidora de su Divino Hijo que es el sol y centro de gravitación del mundo de las almas.

Nosotros debemos seguir al Señor, imitándole en cuanto nos es posible. María Santísima nos ofrece en sí misma el más perfecto modelo.

Sabemos que gracias al bautismo nos convertimos en hijos de Dios. La Virgen María es la Madre de Dios, por lo tanto también Ella es nuestra Madre. ¿Por qué nos olvidamos de esto? ¿Por qué no tratamos a la Virgen como lo que realmente es, una Madre? ¿Por qué no acudimos a Ella en busca de fuerza, consuelo, apoyo, luz... como lo hacemos con nuestra madre en la tierra? ¿Por qué desperdiciamos su compañía? Ella es nuestro refugio y está pendiente de nosotros las veinticuatro horas del día, como cualquier otra madre.

Recuerdo una estampa de la Virgen que tenía mi padre siempre bien a la vista en su mesa del despacho, en ella se leía esa preciosa cita de san Mateo 11,28: *Venid a mí los que estéis cansados y agobiados, que yo os aliviaré.* ¡Cómo reconfortan esas palabras! La Virgen María nos consuela indicándonos que acudamos a Jesús para recuperar la alegría y la paz que brotan de su Resurrección. María nos espera para abrazarnos cuando sintamos el cansancio de la lucha diaria, la tristeza de nuestros fracasos, la tentación de tirar la toalla... Con Ella a nuestro lado nada ni nadie podrá apartarnos del Amor a Jesús. Ella nos ayuda a ser felices y... ¿Quién no quiere ser feliz? Pues entonces pidámosle humildad para que la soberbia no nos ciegue y nuestro yo no impida ver a los demás. Pidámosle ser libres de nosotros mismos.

En estos tiempos que corren, tan convulsos, tan difíciles, no debemos olvidarnos de mirar a los ojos de María y pedirle fuerza para ir contracorriente. La valentía y la coherencia de la vida de nuestra Madre ha de ser modelo a seguir en nuestro día a día. Si no tenemos fe, pidámosla. Si la tenemos, acudamos a Ella para que por su intercesión Dios nos la afiance y refuerce. Ella al dar aquel sí que cambió la historia se abandonó en los brazos del Padre y aceptó con valentía el proyecto de Dios.

Roguemos al Espíritu Santo la fuerza necesaria para que cada uno de nosotros, en nuestras circunstancias, pronunciemos un sí a los planes que Dios tiene previstos para nosotros, sin prejuicios, sin miedos, sin reservas. Con fe, humildad, docilidad y generosidad. La Virgen ha de ser modelo no solo para admirar, sobre todo para imitar. Ante el relativismo imperante urge la necesidad de una conversión particular a través del Corazón Inmaculado de María.

María no cuestionó nunca la Voluntad divina, a pesar de enfrentarse a incomprendiones e injusticias. Quizá en el momento actual nos dé miedo las burlas, las humillaciones a las que quizá podamos enfrentarnos si decimos claramente que somos cristianos, que creemos en Jesús y que tenemos a María como modelo. Jesús nos pidió que fuéramos misioneros... hemos de dar testimonio de nuestra fe y además con alegría.

Como **Estrella** que es nos guía con su luz por el camino, a veces pedregoso, de la fe. Tendremos que decir no a muchas cosas, pero no lo consideremos una renuncia si no una inversión en nuestra salvación.

Que Ella nos ayude a darle un valor santificante al dolor, idea que a veces se nos hace complicada desde el punto de vista racional, pero que adquiere gran valor si nos fijamos en el dolor como Madre que Ella sufrió y ofreció al ver a su propio Hijo cuestionado, torturado y crucificado. Los sufrimientos nos ayudan a madurar, purifican nuestras intenciones y nos sitúan en el auténtico camino del cielo.

Como decía el beato Pablo VI *si queremos ser cristianos, debemos ser marianos.*

¡FELIZ 2026!

Ahora que comenzamos un año, con ilusiones, propósitos, esperanzas, proyectos ... pero también con celos, miedos, angustias y dudas ... no nos olvidemos de lo más importante: Dios nos ama. Pero, cuando sobrevienen los disgustos y sufrimientos, dudamos de su Amor.

¿Por qué nos cuesta tanto confiar totalmente en nuestro Padre Dios? Es como si no acabáramos de creer que de *verdad* es nuestro Padre, que de *verdad* es omnipotente, que nosotros somos de verdad sus hijos y que nos quiere con locura.

Estamos tensos porque nos preocupan muchas cosas: el pasado y el futuro, los problemas que tenemos que resolver, los planes que hemos comenzado y que no conseguimos terminar, la salud, la seguridad, el dinero. Estamos inquietos porque, en la práctica, no confiamos en la sabiduría, en el poder y en el Amor de nuestro Padre.

Sólo nos pide entrega a su Voluntad, abandono en sus manos, renuncia a nuestros deseos de controlarlo todo. Solo nos pide que confiemos en Él: *Confiadle todas vuestras preocupaciones, pues Él cuida de nosotros* (1P 5, 7); *Encomienda al Señor tu camino, confía en Él, que Él actuará* (Sal 37, 5); *Deja en el Señor tu cuidado y Él te sustentará, que no abandona para siempre al justo en la zozobra* (Sal 54, 23).

Si Dios está con nosotros, dentro de nosotros, ¿qué nos puede preocupar? ¿A quién tendremos miedo? ¿Qué o quién nos podrá hacer daño? **Dios sólo sabe contar hasta uno, dijo un hombre bueno.** Aunque

tenga muchos hijos, puede estar pendiente de cada uno como si fuera el único.

Pero, ¿tratamos a Dios como se trata al Amigo que más nos quiere? ¿Vamos a Él para encontrar la comprensión y el consuelo que necesitamos? ¿Le pedimos perdón con la confianza de quien sabe que va a recibir un cariñoso abrazo de su Padre?

Los problemas me agobian –dicen algunos–, *y no puedo remediarlo.* Recuerdo unas palabras del santo Cura de Ars: *Todos los problemas que nos agobian en esta vida es porque no rezamos o rezamos mal.* Cuando hablamos los problemas con Dios, dejan de agobiarnos, porque dejan de ser sólo nuestros.

Podemos disfrutar de la presencia de nuestro Padre en todo momento, pero conviene que de vez en cuando dejemos a un lado todo lo demás para estar a solas con Él y contarle lo que nos pasa, lo que ocupa nuestra cabeza, y dejarlo en sus manos. Hablar con Dios consiste en dejar el trabajo para ir a descansar con el dueño de la viña, nuestro Padre, que nos está mirando con una sonrisa, y nos dice: *Deja eso y ven a estar conmigo.*

El que abandona los problemas en su Padre, tiene la cabeza libre para pensar en cómo hacer felices a los demás. ¿Queremos dejar de estar preocupados? ¿Queremos estar tranquilos? **Hagamos un acto de total abandono. Tomemos todo lo que tenemos y dejémoslo en las manos de Dios.**

Extracto del libro *En los brazos del Padre* de D. Tomás Trigo, publicado por Casablanca Comunicación.



Colegio
Montessori

Calle Rafael Lapesa 1
37004 Salamanca

www.montessorisalamanca.net